

Dar a luz a la Luz

Los fragmentos de este texto son del libro: *Enfanter la Lumière*, de Editions Essénia

Convertirse en Virgen: un ser auténtico

Ser Virgen es un estado del ser, el del hombre que quiere ir hacia un mundo superior, hacia una inteligencia más elevada, y que prepara su vida interior para dar a luz a la Luz en su vida cotidiana; quiere ser verdadero, puro, sincero y vivir con los valores de los Ángeles¹ como la Amistad, la Bondad, la Sabiduría...

Cuando entras en el camino del despertar, debes experimentar tú mismo la existencia, debes ser virgen, es decir, un ser verdadero y auténtico.

La virginidad es un estado del alma, en el que el sexo no existe. A menudo se representa a la Virgen María con las manos abiertas, como alguien que quiere aprender, que quiere honrar lo que es grande, una inteligencia superior más allá de los hombres. En esta inteligencia superior, puedes sentir el amor que está en todas partes.

El amor no es simplemente la atracción entre sexos, son todas las relaciones que pueden existir. Es una energía, un estado del ser que tiene su fuente en una sabiduría y una inteligencia superiores.

Cuando paseas por la naturaleza, puedes ver el amor a tu alrededor. El sol, las flores, los árboles, todo te toca, te acaricia; en realidad es muy sensual, una sensualidad orientada hacia lo alto.

1 - Para los esenios, los ángeles son una realidad superior que guía al hombre en su vida y actúa sobre él al igual que la tierra que lo nutre, el agua, el aire, el fuego y la luz. La tradición esenia recibió, a través de su padre fundador *Enoc, el conocimiento de los Ángeles de Luz, que son las virtudes, como la Amistad, la Armonía, la Dulzura, la Paz, el Amor y el respeto. Las virtudes son seres vivos e inteligentes que quieren guiar al hombre hacia la unión con el Padre y la Madre. En el marco de la ronda de los Arcángeles, el ser que quiere caminar hacia la Luz tiene la posibilidad de convertirse en portador de Ángeles, es decir, de cuidar de un Ángel en la tierra.

La Virgen María tenía una relación muy sensual con la naturaleza, con el agua, el aire, el sol, una relación no estéril, sino que daba a luz su propia vida. Esta relación era similar a la de los niños con el sol, las nubes, el agua; miran el agua correr e inventan todo un mundo, juegan con el agua en una relación de amor, una relación viva. En la virginidad de la Virgen hay que ver esta forma de sensualidad, este amor inconmensurable en la pureza, la inocencia, el amor, la sabiduría.

Una hija de Isis consagrada a lo Divino

La civilización del Egipto de los faraones vio nacer a una mujer-dios, una mujer divina: Isis, la mujer que estuvo más cerca de Dios. Así como la Virgen María se convirtió en la escritura sagrada del alma que despierta y se ofrece a la Luz para ser fecundada y dar a luz la Luz divina, Isis se convirtió en el jeroglífico de la iniciación femenina en su perfección y de la adquisición de la sabiduría de los misterios de Dios.

*Isis es considerada la Madre de los hombres; fue ella quien creó las Escuelas de los Misterios para que, de generación en generación, los hombres pudieran encontrar en la tierra un camino de evolución armoniosa e ir al encuentro de la Luz y del conocimiento.

En una vida anterior como egipcia, María era una hija de Isis, iniciada en la Escuela del parto y el alumbramiento. Había sido criada en los templos faraónicos; pertenecía al linaje de los Hijos e Hijas de Dios, es decir, de hombres y mujeres consagrados a lo Divino y que dedicaban toda su vida a los Dioses.

Una portadora de agua que bendecía a los dioses

En silencio y humildad, esta sacerdotisa de Isis vivía una intensa vida interior, en contacto permanente con el agua, con su transparencia, su frescura, su maleabilidad, su dulzura. Pasó toda su vida al servicio del agua. Traía agua para lavar los pies de la gente y bendecir las estatuas de los dioses y, a través de ellos, bendecir a todos los seres. Su misión era también poner agua sobre la tierra árida y agrietada para que la Divinidad contenida en la semilla pudiera activarse, fecundarse y florecer como la nueva floración que trae abundancia y alimento a

todos los cuerpos del hombre. Durante 45 años, fue portadora de la jarra de agua sobre la tierra árida. Esta agua era mágica, era el agua del amor y la dulzura, el agua que permite los intercambios vivos y conscientes con todos los mundos.

La vida interior de esta mujer fue extraordinaria en intensidad y comprensión. Vivía verdaderamente con el mundo divino. Su vida era sencilla y, sin embargo, muy rica. Todo el saber hacer de la antigua civilización egipcia se manifestaba a través de ella. Al realizar cada día los mismos gestos, preparaba su futura encarnación como María con fuerza y determinación. Su vida tenía un sentido que iba mucho más allá del cuerpo y, por lo tanto, de la muerte.

Como hija de Isis, tuvo todas las condiciones para entrar en el mundo del agua y, finalmente, dar a luz a Dios en el agua. Hizo de su vida una obra de arte para el agua, la bendijo, le dio fuerzas. Sentía que el agua estaba viva y esta empezó a hablarle, a revelar secretos; pero en realidad no era el agua, era su alma.

Por su contacto continuo con el agua, había desarrollado la conciencia de todo lo que fluye, lo que creaba en ella una sensación de frescura y un estado de relajación permanente. Para ella, la vida era agua que nada podía impedir que fluyera, y ella era las orillas de ese río que fluía en su interior. El mundo del agua le enseñó realmente todo sobre la vida y las relaciones. Entró en mundos y mundos solo observando el agua. Era una hija de Gabriel y, sin saberlo, se preparaba para su futura misión.

Construir un templo etérico para Gabriel

A fuerza de verter agua con amor, se unió al Padre del agua, a quien debía encontrar en su vida futura. Vivía tan unida al agua que le construyó un templo en el etérico, en el mundo del agua¹, y el Arcángel comenzó a habitarlo: ella le creó un *cuerpo etérico.

* También llamada «agua áurica» o «aura», esta agua es una materia sutil, invisible, formada y habitada por todos los pensamientos, sentimientos y deseos que viven alrededor del hombre y animan su cuerpo terrenal, su cuerpo físico.

Cuando reencarnó como María, ese templo de Gabriel que había creado en el etérico cuando era egipcia volvió a ella y empezó a revelarles secretos sobre el alma. Empezó a vivir con su alma y a volverse fértil y creadora en su alma. Pudo entrar en contacto consciente con el Padre del agua. A través de este templo etérico, Gabriel pudo acercarse a ella, enseñarla y despertar en su alma los secretos de la virginidad y el parto de la Luz.

Cuando el arcángel Gabriel se acercaba a ella, lo sentía dentro de sí como algo fresco, un cosquilleo. Ella le hablaba con su alma y tenía las respuestas a todas las preguntas que se hacía. Lo que él le enseñaba así, ella lo vivía desde dentro, con claridad, sencillez, apertura y aceptación. Así, la Virgen tuvo la experiencia de llevar las cosas hacia su interior y despertar la Luz en ella.

Así, en su vida como egipcia, María trabajó para prepararse hasta convertirse en la Virgen que dio a luz a un Hijo de Dios. El nacimiento de Jesús fue la victoria de un trabajo secular en las Escuelas de Misterios por parte de miles y miles de alumnos que vivificaron esta enseñanza en los éteres de la tierra. Por su forma de ser, María logró captar esa fuerza etérica que había sido generada por todo ese trabajo y dar a luz a una nueva humanidad.

Esto es lo que descubrió la Virgen: el hombre no es más que un instrumento de los mundos superiores. El hombre no puede inventar ni la sabiduría ni la belleza, el mundo ya es perfecto, pero puede asociarse con la sabiduría y la belleza, es decir, dejarse fecundar por la semilla de la verdad. Entonces da a luz a un niño que puede cambiar el mundo. Eso es lo que hizo la Virgen: cambió la faz del mundo al dar a luz al Niño de la Luz. El nacimiento de Jesús fue uno de los logros y ofrendas más hermosos del pueblo esenio para glorificar la Luz y traer la bendición a la humanidad y a la tierra.

